



# EL GENERAL GUILARTE.

## BREVE EXPOSICION DE MI CONDUCTA.

La franchise est l'attribut de la force; la sincérité orne toutes les vertus, et ne dépare pas même tous les vices. Il y a jusque dans l'audace du crime, qu'on marche la poitrine découverte et la tête haute, je ne sais quelle élévation qui impose. Mais le perfide qui sous des semblans d'amitié, sous le manteau de la justice, cache le poignard dont il veut vous percer le sein; mais le lâche qui ne vous convie à ses banquets que pour verser dans votre coupe un breuvage empoisonné, quels sentimens peuvent ils inspirer, si non l'horreur et le mépris?

Dans l'homme public comme dans l'homme privé, dans l'état comme dans la famille, dans la politique comme dans la société, l'hypocrisie est le plus odieux de tous les vices.

E. JOUY.



Los acontecimientos políticos que tuvieron lugar en Bolivia en Diciembre del año pasado, y que en definitiva han dado por resultado el triunfo heroico de la libertad de mi patria con el aniquilamiento del absolutismo y ulteriores planes anárquicos de su Jefe Ballivian, han corrido con tan prodigiosa e instantánea rapidez que no han permitido que el público forme una idea exacta de ellos, porque ni tiempo ha habido para que las noticias se transmitan y lleguen a la Capital, a los Departamentos, y porque se ha tenido bastante cuidado para que los hechos que me podian vindicar ante la opinion pública queden sepultados entre los escombros de la revolucion. Así no es extraño que los hombres colocados a la distancia hubiesen obrado sin acuerdo ni plan determinado sobre el rumbo que seguiria aquella. De aquí ha partido el juicio erroneo y equivocado que la prensa de la Paz ha emitido condenando mi conducta en la crisis mas ardua de la revolucion. Todos ignoran mis conflictos y nadie sabe cuánto padí entre Ballivian y yo.

Si mis compatriotas recuerdan que en la catástrofe de Yungai se me señaló por el General Santa Cruz con el epíteto de traidor, despues de haber cumplido con mi deber como soldado en aquella jornada, no estrañarán que en la presente crisis merezca igual título por haber aceptado, como Presidente del Consejo Nacional, la renuncia que el Presidente de la República D. José Ballivian hizo en mi persona el 23 de Diciembre. Menos estrañarán si recorriendo los antecedentes de mi carrera pública, no

encuentran un solo hecho que arguya infidelidad a la Patria, deslealtad a los principios e instituciones reconocidas, ni una sola acta en que figure mi nombre, porque la profesion de mi fe política siempre ha sido la obediencia pasiva que como soldado he debido guardar a todos los Gobiernos que han merecido la sancion de los pueblos por el órgano legitimo de sus representantes. Si recuerdan, repito, que constantemente me han oido rechazar las vias de hecho, puesto que preferia los medios legales para el caso de remediar los males de la Patria; nadie estrañará que en esta ocasion haya abrazado mi partido el de la Lei, de la razon, de las circunstancias afectivas de Bolivia, y mas que todo, el del honor; ménos estrañarán si saben que yo tenia la invencible conciencia de que mis amigos y compatriotas de la Paz, se adheririan gustosos al nuevo orden de cosas, porque esto era lo único que deseaban, como me lo manifestaron pocos dias ántes.

Esa inocente confianza de que estaba poseido y esa vana ilusion de que el Pueblo Pazeño tenia mil simpatías, me decidieron a salir de Sucre a ponerme a la cabeza del ejército para marchar con él al Norte a abrazar a mis compatriotas, anunciándoles que habia cumplido mis compromisos alejando sin estrépito la persona del General Ballivian del país y del ejército, y ofreciéndoles un porvenir de libertad, de orden y ventura. Mas desgraciadamente la revolucion en mi ausencia de tan pocos dias de la Paz habia tomado otro carácter mui diverso y que yo ignoré hasta el dos de Enero en que, llegando a Oruro, oí por primera vez los anatemas que se me dirijian. Ignoraba así mismo las tendencias secundarias de la revolucion; esta habia tenido otras exigencias a mas de la separacion personal del General Ballivian, (única y esclusiva condicion que me exigieron en la Paz cuantos se me abocaron para que encabezara la revolucion) habia sido preciso que los primogénitos de la libertad, en el delirio de su entusiasmo creasen una dictadura para que ella convirtiera la sociedad en un caos, y que del choque imprevisto de elementos eterogéneos que habian fermentado largo tiempo, resultara en el cuerpo político un completo cataclismo. Habia sido preciso retroceder al 9 de Junio del año 40 proclamado al General Velasco y su constitucion, porque es lei en América, y mas particularmente en Bolivia que cada Presidente tenga la suya y caiga o se levante con ella, pero no con los mismos hombres; porque éstos han profesado la fe de los Proteos y esta es otra lei en mi patria. En resúmen habia sido necesario echar por tierra hombres, hechos y cosas que por mas de un lustro se habian enseñoreado mereciendo la sancion de los Pueblos. Así lo ha querido el Norte de la República en el frenesí de su entusiasmo por la libertad. Mas no lo quiso así el ilustre corifeo de la revolucion del Sur.

El Sr. Dr. Casimiro Olañeta en la célebre carta que dirijió a Ballivian le dice (como avergonzado de haber apelado a las vias de hecho, último resorte que tocan los pueblos para sacudirse de un yugo) "U. nos ha obligado a dar este paso; no es "U. querido como Presidente; los pueblos están cansados de U. pero como al guerrero "Capitan de Ingavi le guardan a U. algunas simpatías; renuncie U. el mando en el "Consejo; se tendrán con U. todas las las consideraciones posibles, y hasta la de su "permanencia en el país". Dicha carta que la ví en Apo el seis de Noviembre, la llevaba el adjunto a la legacion Boliviana N. Vallejos; era casi idéntica a la que el Sr. Aguirre escribió de Arequipa y a otra mia de la misma fecha. La coincidencia de que tres personas aisladamente y sin convenio alguno, hubiesen pensado y aconsejado a Ballivian de una manera tan uniforme, hizo que yo acojiese mas apasionadamente el sublime pensamiento del Señor Olañeta.

Hallábame en Arequipa devorando en silencio por ocho meses las persecuciones del General Ballivian, cuando supe la noticia de la revolucion del Sur. Despues de olvidar toda queja personal mi primera diligencia fue volar a la Patria para salvarla de la invasion estrangera que la veia inminente; mas ántes quise tentar otro medio y al favor de la benevolencia y consideraciones del Sr. ministro Elías, pude lograr que se anudasen las conferencias diplomáticas que se habian roto un dia ántes y se concluyese el tratado mas útil y hermoso que han podido ajustar dos Naciones hermanas, estorbando así una guerra fratricida; una guerra de intervencion que hoy estaria pesando sobre

mi patria sin que le hubiera faltado algun nuevo Coriolano que hubiese apelado al extranjero mezclándose en sus filas para asaltar su patria, lo que es el colmo del crimen privado y el último grado de una maldad política con la cual se habria desvirtuado el triunfo heroico de la libertad de Bolivia que es debido al esfuerzo de sus propios hijos.

He aquí el punto de partida por el que empezaré la sencilla narracion de hechos y circunstancias que en el curso de este escrito saquen a toda luz mi conducta, presenten a Ballivian en toda su deformidad y pongan en transparencia a la misma revolucion que ha fallado contra mí, ciega y apasionadamente, y aun ántes que yo hubiese desplegado mis labios. El que tiene la conciencia esenta de todo crimen, y como el justo vive sin turbacion ni remordimientos, levanta tranquilo su erguida frente y pide a sus compatriotas un momento de silencio para que le escuchen. Si el resultado de los hechos que voi a referir fuese contrario al sentimiento universal de la mayoria de los Bolivianos; si yo al aceptar la renuncia del General Ballivian he querido sostener la opresora y despótica administracion de aquél; si en el acto no empecé a separar de los destinos esas piedras de escándalo con que por seis años se habia lastimado la opinion pública; si no abrí las puertas de la Patria a todos los proscriptos por Ballivian, restituyéndolos a sus honores y empleos; si no he evitado la guerra civil y sus horribles consecuencias, alejando del mando y del país al funesto mandatario, sin reparar en el sacrificio de mi propia reputacion y hasta de mi existencia, caigan sobre mi cabeza todos esos anatemas con que el grito de la libertad ensordece los aires: pero si no dèjese me vivir en el rincón de mi obscuro retiro, y junto al hogar de mi cara Patria, puesto que he sido como es notorio la victima que mas cruelmente ha perseguido Ballivian; ¿Por qué se me quiere envolver en las ruinas del que fué mi verdugo? ¿Por qué no participaré de los bienes que empiezan a gozar mis compatriotas a la sombra de la libertad, y de los principios proclamados en Bolivia? ¿No hemos trabajado de consuno en libertar a la Patria de su opresor? Cuando los Pueblos celebraban actas en los confines de la República ¿no luchaba yo a brazo partido con el terrible Ballivian para obligarlo a desnudarse del mando y a renunciar el temerario empeño de verter la sangre nuestra sin mas objeto que la conservacion de un puesto poco seguro y vacilante? Pues bien, entónces esperad que yo haya hablado, y sed justos despues.

El primero de Noviembre del año próximo pasado, en Arequipa, a las once de la noche se presentó en mi casa el Sr. Aguirre a anunciarme un gran suceso en Bolivia; era la revolucion del Sur segun las actas de Chuquisaca; nos felicitamos recíprocamente por ello, y por que era indefectible la caida del G. Ballivian; pero entretanto veíamos lanzarse el ejército Peruano sobre la patria; veíamos al Coronel Belzu contrayendo fuertes compromisos con las autoridades Peruanas, a fin de hacer la guerra al General Ballivian. Nuestro deber entónces fue el de salvar el País de una intervencion extranjera procurando ajustar el tratado ántes que la noticia se trasluciese; mas el dia dos llega ésta al público y rómpense las conferencias diplomáticas. En la tarde de este dia sale Belzu con elementos y recursos que le dió el General Cisneros para penetrar en la Paz. Ya el peligro de la invasion era inminente desde que el Perú tomó tanta parte en este negocio. En tal conflicto apelé a suplicar al Sr. Elias para que volviera a abrir las conferencias, y se ajustara el tratado, protestándole que Ballivian dejaria de mandar, y que así no habria temor de que se rompiesen los pactos celebrados ni alterasen las buenas relaciones y la paz que a todo trance debia procurarse entre ambos países; y en fin que él solo era capaz de hacer tanto bien a su Patria y la mia. Este ilustre Peruano se prestó gustosísimo a una demanda tan patrióticamente americana; a consecuencia se reunieron los SS. Ministros aquel dia hasta firmar y concluir el tratado de Arequipa.

El Sr. Aguirre entónces me comprometió a que marchara a Bolivia al objeto de alejar al Jeneral Ballivian del mando de la República y cuidar de que su caida fuese honrosa para el país, para la revolucion y para el mismo Ballivian. Yo tenia todos los títulos suficientes para hablarle al terrible mandatario con la última enerjia, yo contaba con las infinitas protestas que le habia oido hacer de renunciar el mando; yo en fin veía que el único partido que le quedaba en su difícil situacion era la renuncia; y en este

persuasion no tuve dificultad en asegurar al Jeneral Cisneros y a varias personas del Perú, que ántes de dos meses el Jeneral Ballivian dejaria de mandar Bolivia, pero que protestaba tambien que nadie lo bajaria del puesto a puñaladas por que seria deshonoroso para mi patria un hecho semejante. Con tales sentimientos salí de Arequipa y llegué a la frontera de Bolivia donde encontré un correo de Gabinete que llevaba la noticia de la derrota de Vitiche, y una carta del Sr. Prefecto Guerra de la Paz, en la que me suplicaba pasase a la Capital de la República sin tocar en dicha Ciudad, a este efecto salía el Sr. Paunero para acompañarme desde Tiagnanaco a impedir con la influencia de su amistad mi entrada en la Paz. Semejante medida me llamó la atencion y por lo mismo la resistí y pasé ocho dias en mi casa que deseaba ver despues de tres años de ausencia. Mi presencia en aquella Ciudad puso en alarma a todos los pocos sostenedores de la vacilante administracion, y reanimó el ardor y entusiasmo de la mayoría de ese inmenso Pueblo que veía en mí el caudillo que debiera libertarlos de la opresion y tiranía de Ballivian; infinitas personas muy respetables me hablaron confidencialmente para sacar el país del conflicto en que lo encontraba por la política imprudente de Ballivian; muchos jóvenes patriotas me instaban para que solo les diera el sí de que me pondria a la cabeza de de la revolucion; que todo estaba hecho; que contaban con el Batallon diez, con el pan de azucar cuyo Jefe Coronel Torrelio estaba ganado; en fin que todos los elementos de Guerra estaban prontos y en abundancia. Por otra parte, los empleados del mismo gobierno me instaban para que yo procurase un cambio en el personal de la administracion, a fin de salvar el país de los infinitos males a que lo habia arrastrado el General Ballivian; todos, todos parecia que me hablaban de buena fe, mas nadie me habia puesto otra condicion que la separacion del mando del General Ballivian.

Como en el tiempo que permanecí en Arequipa con el Sr. Aguirre, Ministro de hacienda del Bolivia, pude oír de su boca detalles exactos sobre el estado ruinoso de la Hacienda, por que el ramo de guerra habia sido el monstruo de cien bocas que devoró y consumió todas las rentas del erario; como sabia que en la revolucion del sur se habian perdido mas de trecientos mil pesos y en fin como tenia muy presente el triste y lamentable cuadro que trazaron de Bolivia sus oradores en la tribuna de la Paz, no dudé en responder a todos esos amigos con una franca y patriótica negativa para no usar de las vias de hecho cuyas consecuencias las veíamos en Vitiche, a mas de la sangre derramada y los caudales que serian necesarios para llevar adelante la revolucion. Les espuse ademas los estragos de la guerra civil; que la anarquía seria su consecuencia, y por fin que la completa dislocacion social nos haria perder nuestra nacionalidad. A alguno le manifesté que la revolucion era como Saturno que devoraba a sus propios hijos. Por último les dije ¿hasta cuándo Bolivia ha de dar al mundo el escándalo de cebarse en el hombre que tiene la desgracia de gobernar? Hemos visto a un Sucre arrojado a balazos de la Presidencia, a Blanco asesinado por Ballivian, a Santa Cruz intamado y atacado hasta en sus bienes y familia, a Velazco traicionado por sus amigos que habian transijido con Ballivian, y ¿será ahora preciso arrojar del puesto a puñaladas al que en Ingavi salvó la independiencia de la patria? No, SS., daríamos una horrible idea en el exterior de nuestro carácter con la repeticion de tantos escándalos. Busquemos, pues, otros medios que la civilizacion no repruebe; las vias legales son las que voy a tentar esta vez; nadie mas que yo ha sufrido persecuciones de este hombre, y ahora me propongo ponerme entre él y sus enemigos; y cuando esto no baste, cuando persista Ballivian en su empeño de dominar el país, y absolutamente quiera renunciar; entónces SS. yo abrazaré la revolucion, yo me lanzaré a los peligros hasta libertar a la patria de su tirano—General Lara, a vos os dije estas protestas en nuestra última entrevista. Dr. Lora, fuisteis testigo de estos sentimientos, y acordaos me dijisteis una vez que si Ballivian renunciase el mando nada serian cien mil pesos que se le dieran por sueldos de diez años; pero esto es imposible, agregasteis, por que en esa alma no puede caber tanta elevacion. Sr. Romualdo Villamil, os prometí alejar a Ballivian del mando de la República. Dr. Otero y varios otros, recordad cuánto os dije a este respecto a fin de calmar vuestro patriótico ardor. Si esto es así confesad ahora que yo he cumplido mis compro-

misos; la patria se ve libre de Ballivian por que yo le forzè al acto de la renuncia; es verdad que sin esto tambien habria caido, pero despues de una sangrienta batalla en los campos de la Pazy en que hoi se llorarian algunas victimas que mi patriotismo ha podido ahorrar con el sacrificio de mi propia reputacion.

Sigamos adelante.

Sali de la Paz el cuatro de Diciembre y el nueve llegué a Oruro donde paré dos dias y hablé con el Coronel Morales sobre el estado del país, las causas y los medios de arrancarlo de esa crisis, y convenimos en que la renuncia seria lo mejor que Ballivian hiciese. Yo le aseguré que iba resuelto a indicarle este medio; y a mas le dije que por mi opinion deberiamos fijarnos en el Sr. Aguirre que podria hacer la fusion de los colores politicos, quedando de Presidente hasta el seis de Agosto en que se haria el escrutinio de los que eligiesen los Pueblos. Morales me manifestó alguna repugnancia por mi idea y traslucí la inclinacion que este tenia por el Coronel Belzu: por último le protesté que marchaba a la capital a salvar a Ballivian del torrente de la revolucion y a la patria del hombre que la habia cansado con sus demasías: entònces este amigo me dijo que me fuese con tiento, y que despacio y con modo podria lograr algo porque Ballivian estaba orgulloso con su triunfo de Vitiche; yo le repuse que nada habia hecho con Vitiche sino exasperar mas a los pueblos, y concitarse la rabia y odio de los mismos Jefes del Ejército ascendiendo a esos cuatro Generales; tambien le dije que pensaba en que Ballivian debia formar su ministerio del seno de la misma oposicion, porque solo así podria transijir con los pueblos, y descender con honor del puesto mereciendo las consideraciones posibles; quise que el Sr. Torrico viniera al ministerio de Gobierno.

El once salí de Oruro para Sucre donde llegué el quince de Diciembre habiendo hablado mas de dos horas con el Dr. Valle en Guancani, y refiriéndole el estado de conflagracion de la Paz, de Oruro y Cochabamba, por cartas que el Coronel Morales me mostró de la última y por conocimiento práctico que tenia de las dos primeras, convenimos en que Ballivian no podia sostenerse por mas tiempo. Yo le aseguré que esperaba que la renuncia del mando lo remediaria todo, que iba resuelto a exigirselo, y deseaba que esta recaiese en el Sr. Aguirre como Presidente del Consejo Nacional.

Llegué a Sucre y recibí consideraciones muy notables y que jamás me habia dispensado: sôí visitado por todas las corporaciones, y por la oficialidad del ejército; el mismo Ballivian me corteja como nunca y todo me presajia el logro de mi intento. No quiero encargarme del ministerio sin haber antes espuesto mis condiciones; hablo a Ballivian con la última franqueza y decision, proponiéndole su renuncia como único medio para la reorganizacion del país y para transijir con los pueblos: es para esto, me repuso, que lo he llamado a U. y para que me ayude a preparar el campo de esa renuncia que no me han dejado lugar ni tiempo para hacer. Vamos a completar el Consejo solo espero la llegada de los ministros nombrados.

El 20 de Diciembre acepto el ministerio y me encargo del despacho de la guerra, y ese mismo dia llega la noticia de la revolucion de la Paz. Hablaba conmigo Ballivian a la sazón, cuando recibió una carta en que le daban los detalles de la revolucion y entregándomela me dice: ahí tiene U. el descuido de mi hermano en cumplir las órdenes que se le dieron. U. ve como no me dejan renunciar. Vamos, pues, a campaña y despues de revolcarlos en el polvo como en Vitiche, allá en la Paz haré la renuncia y me iré del país castigando a mis enemigos. La inquietud y alarma fueron grandes. Se ocultó la noticia a todos. Inmediatamente partieron las órdenes por cartas que Ballivian dirijia a los Jefes del ejército para salir a su última campaña. Ordenó la creacion de nuevas fuerzas; pidió recursos de todo género y en fin él solo dictó todas las providencias consiguientes sin que el ministro de la guerra hubiese firmado la mas sencilla orden—, y a fin de salir de tanta vacilacion e inquietud empezè por representarle que el Sur quedaba desguarnecido, que tan luego que saliese de la Capital se sublevaria esta con toda su retaguardia: no importa, me repuso,

con el ejército me abriré paso, mis recursos consisten en tres fuertes Batallones, cinco Escuadrones de Caballería, una columna de ochocientos hombres que con San Jinés, Ugarte y Lafaye saldrán de Cochabamba, cuatrocientos caballos gordos y dos piezas de montaña. Sorasora será el punto de reunión para todo el ejército y de allí marcharé hasta la Paz a vencer o morir. Cuento con la lealtad del ejército porque lo he colmado de ascensos y ellos deben esperar un porvenir de glorias.

El furor estaba pintado en su rostro y en sus palabras, y cuando más empeñado le vi en marchar a la Paz le dije: yo tengo un medio fácil de terminar este negocio? Cuál es? me repuso con inquietud.—La cuestión que se agita en Bolivia desde Octubre es personal. Deje U. el puesto ahora y U. verá que todo habrá acabado—Si? pues bien, me contestó, le prometo a U. que lo dejo; ya yo pensaba en ello como U. sabe, nuestras ideas se han encontrado: a lo que le contesté—Deme U. un abrazo por que heí se ha elevado U. hasta el heroísmo. —Mas ahora como lo hacemos? continuó, ¿no será mejor en la Paz y con la gloria de haber vencido a mis enemigos? ¿será más hermosa y tendrá más mérito! U. sabe que está trunco el Consejo y los Ministros incompletos; sobre todo, si la hago aquí creerán que es por temor o impotencia. Yo le repuse—no son estos los momentos en que U. deba acreditarse de valiente, y de ninguna suerte debe U. diferirla porque a todo trance debe evitar desde aquí una guerra fratricida. Nombre U. a cualquiera para los Ministerios, complétese el consejo y elijase un Presidente; que este lo sea el Sr. Frías, porque los pueblos están cansados con la espada. No, me contestó, U. debe ser porque en las circunstancias se necesita bastante energía para contener esta gente. Insté con tenacidad y repetición, y él insistió diciéndome—pues entonces no renuncio. Si U. no acepta la Presidencia del Consejo, vamos a campaña.—Yo no le acompañaré a ella, le repuse, porque no quiero laureles regados con la sangre de mis amigos y compatriotas;—pues entonces si U. no admite la renuncia ni me acompaña a la Paz, yo solo con el ejército me abriré paso y me llevaré de gloria.

Después de un largo silencio paseándonos juntos me resigné a aceptar la renuncia como el mejor estremo de la cruel alternativa, y rompiendo el silencio fatal le dije: pues bien; haga U. la renuncia en persona, ¿y cuándo la piensa U. hacer? Mañana mismo (me repuso) si se reuniera el Consejo y se completase los Ministros; al efecto se darán las órdenes necesarias. Fue entonces también que me arrancó el decreto por el cual lo encargaba del mando en Jefe del ejército: había sido redactado por el Sr. Frías, yo lo firmé con bastante repugnancia; pero en aquellos momentos era preciso darle al General Ballivian cuanto pidiese a fin de ver realizada esa renuncia que para todos y para mí mismo era imposible. En vano fué que le observase sobre la inconveniencia de esa medida puesto que la dificultad quedaba en pie desde que se le veía renunciar la Presidencia y pasar a mandar el ejército, porque él decía que con ello daba un hermoso ejemplo de obediencia a manera del General Paez en Colombia. Riase U., le dije, de pensar en dar esos ejemplos de obediencia cuando nadie podrá creerle; todos van a ver en este paso una farsa en que yo voy a ser el blanco de la crítica. No teniendo respuesta que darme, me dijo:—Hablaré a U. con franqueza: solo quiero el mando del ejército hasta el momento de partir para Cobija, puesto que no ha de haber lugar a una batalla por las negociaciones que irán a proponer los comisionados.—Entonces comprendí que este General recelaba mucho de mis intenciones, y solo quería salir escoltado de sus leales tropas.

Pocos momentos después me mostró su decreto y proclama de renuncia, yo en el acto pasé al ministerio a redactar la mia llena de encomios y enalteciendo en su grado su persona para animarlo y que no desistiera. Al siguiente día me hizo presente la escasez de su fortuna y que deseaba se le adjudicara la hacienda de Macamaca, con lo que su pobre familia tendría que comer, pues que él la pasaría en el extranjero con el sueldo que la Convención le había señalado: yo le ofrecí entonces con la mayor buena fe que me empeñaría con el congreso para que le dieran Macamaca (hacienda de la beneficencia de valor de cien mil pesos.)

Todo esto sucedía el 21 de Diciembre cuando yo era solo Ministro y el Presidente. ¿Y habrá Boliviano que juzgue que mi condescendencia tenía por objeto el pueril deseo de ceñir la banda tricolor? ¿Hai alguno que crea que yo aspiraba a la presidencia en aquellas circunstancias en que ella no era mas que una brasa de fuego y un verdadero suplicio? ¿Què halagos podia presentar a nadie esa silla segun la dejaba Ballivian? Nadie mejor que yo conocia los peligros, nadie detestó mas que yo ese cadalso empapado con la sangre de los Blancos y Sucre, envilecido con la difamacion de los Sta. Cruces y Velascos y manchada con la prostitucion y los excesos de Ballivian. Un exaltado patriotismo, el deseo de evitar la guerra civil, la anarquía con todas sus consecuencias, y de ver a Bolivia libre de Ballivian, me hicieron aceptar la renuncia eligiendo entre la salud de la patria y el sacrificio individual, este último extremo.

Por otra parte la renuncia del General Ballivian presentaba en Bolivia por la vez primera el hermoso ejemplo de la sucesion constitucional del mando de la República: por ver este solemne hecho que envuelve el principio de la consolidacion del orden social y la marcha pacífica de las instituciones, yo habria desechado un millon de veces las cien coronas cívicas y marciales con que los oprimidos pueblos, en desesperadas situaciones, brindaban a los que se proponen dirigir el tremendo carro de la revolucion, sin que ni ellos ni los caudillos puedan columbrar el término de su impetuosa carrera. Todos saben cuan fácil ha sido darle el primer impulso sobre la rápida pendiente de comprimidas pasiones y de los sufrimientos de un pueblo que habia jemido por mas de un lustro; pero todos ignoran el medio de parar sus ruedas: el malestar general no cesa, la felicidad no aparece y la libertad y la democracia son plantas exóticas en la América Española. La única triste verdad es que el pueblo Soberano invoca una constitucion hoy para derrocar otra mañana, cambiando así las decoraciones en el mismo teatro y con los mismos actores, volviendo siempre atrás, destruyendo siempre las obras del tiempo sin la mas remota esperanza de consolidar instituciones, de formar costumbres ni de desarrollar las inmensas riquezas con que la pródiga naturaleza ha dotado su suelo. La inestabilidad es condicion normal del sistema político en la mas bella porcion de Sur-América; así marcha la hija de Bolívar y Sucre de revolucion en revolucion, pero ella es como Saturno que devora a sus propios hijos y no puede ser de otra suerte desde que sus habitantes son opresores u oprimidos, verdugos o victimas, esclavos o tiranos que a su turno escriben en sus pendones libertad, igualdad, civilizacion, progreso; palabras vacias de sentido y que han degenerado de su legítima acepcion.

En las actas de Octubre se impuso el General Velasco la condicion de hacer convocatoria para las elecciones de diputados a un Congreso extraordinario que deliberase sobre la suerte futura de la República; a mas de esto el Sr. Olañeta le habia aconsejado a Ballivian que renunciara el mando en el Presidente del Consejo. Con tales antecedentes yo creí haber comprendido en el fondo el espíritu de la revolucion, y nunca juzgué que fuese de vital importancia para llegar al término deseado por los pueblos, invocar precisamente ésta o aquella constitucion cuando por cualquiera de ellas el resultado debia ser idéntico. A mayor abundamiento acababa de hablar en la Paz con los mas exaltados por la revolucion, y noté que el sentimiento uniforme era el de libertarse de Ballivian sin condicion alguna.

El estado de combustion en que se encontraba el país necesitaba para salir de esa crisis un hombre nuevo y enteramente extraño a los partidos; un hombre que no hubiese tenido participacion en los motivos que habian puesto a Ballivian en una situacion tan violenta que tenia el antecedente de una expatriacion de tres años en que vivió distante del teatro de los sucesos; un hombre, en fin, que inspirase confianza a todos y diese garantías de paz, de orden, de libertad y progreso. Yo habia tenido el alto honor de ser señalado con estas cualidades por la mayoría de mis compatriotas, y esta circunstancia unida a la dura alternativa en que Ballivian me puso, me resolvieron a aceptar la renuncia con la halagüeña esperanza de que podria realizarse en mi patria esa utopía,

ese bello ideal de la consolidacion de las instituciones, bajo de los auspicios del orden legal, de la paz interna y esterna, de las luces del siglo, de los principios prácticos, del progreso material y de la verdadera libertad. ¡Vanas ilusiones, engañosas quimeras que algunos momentos lisonjearon mi candoroso patriotismo! Mas la revolucion saliendo de madre en odio del feroz Ballivian, repele todo lo que emane de origen tan impuro; hasta los hechos heroicos y los monumentos que recordaban las virtudes de un Pueblo idolatra de su independenciam, han desaparecido del suelo de la patria. Sea en buena hora asi, cûmplanse sus votos y la República sea feliz con los medios que el pueblo soberano ha meditado: pero ese pueblo soberano no llame traidor, asesino ni tirano, al que solo se ha equivocado en pensar con patriotismo: en pensar que la revolucion debía aceptarse con todas sus horribles plagas o evitarlas todas abrazando los medios legales y pacíficos que la moral y la política aconsejan: en pensar en fin que el resultado de las elecciones seria uno mismo por la constitucion del 39 que por la del 43, puesto que los candidatos iban a disputarse el terreno a palmos en el campo lícito del combate electoral: porque hasta aquí los pueblos jamás han recibido el bien ni el mal de ese pobre cuaderno que llamamos constitucion: si así hubiese sido, confieso que seria un criminal, un parricida, un topo en no haber invocado la del 39. ¡Los Paceses pensaron alguna vez en ella? confiesen pues los mas exaltados por la revolucion que nunca me dijeron una sola palabra sobre esto.

Sigamos adelante. El veintidos de Diciembre se preparó todo para el acto de la renuncia: se reunió el Congreso, se nombraron los Ministros y se eligió el Presidente; para entónces ya estaba en poder del General Ballivian el decreto del mando en Jefe del ejército, las instrucciones a él y las órdenes a las autoridades de Potosí y Cochabamba para que le franqueasen los recursos necesarios.

El veintitres de Diciembre el General Ballivian sacó los cuerpos al campo temiendo que los corrompiesen en la ciudad. Se redobló la vigilancia, se hizo la renuncia ante el Consejo, y al aceptar la renuncia inesperada que sorprendió a todos, le dije dos palabras de cumplimiento; despues de manifestar al consejo el terror que me causaba la idea de ceñir la insignia del poder por mi absoluta pequenez y por la inmensa responsabilidad de aquel puesto, dije que para sostener la independenciam de Bolivia tomaria por mis modelos al héroe de Ayacucho y al vencedor Ingavi. Palabras que descansan en hechos históricos no deberian merecer el reproche de los enemigos de Ballivian, si la imparcialidad y la justicia estuvieran en el estandarte de la revolucion al lado de la libertad proclamada; pero desde que las pasiones mas violentas presiden sus actos, desde que el furor y el odio contra Ballivian los domina, se deshonrará la revolucion y desaparecerá su brillante mèrito.

El veinticuatro salió Ballivian con el ejército, y mis primeras medidas administrativas fueron una circular para que los confinados políticos volvieran a sus hogares; que el respetable Sr. Callejo se encargase de la prefectura de la capital, que el odioso Pareja dejase la de Potosí al decano de patriotas de esa ciudad Sr. Ayala, que de la de Cochabamba se encargase el recomendable patriota Dr. Galdo antiguo amigo y colaborador mio, que el Dr. Sempèrtegui fuese a la Prefectura de Oruro, y el Sr. Huise continuase en la de la Paz; que los franceses Lafaye y Lalan dejasen sus destinos a otros Bolivianos más benemèritos; que en fin mi edecan, Teniente Coronel Perez, fuese a Jujui y Salta conduciendo mis cartas de llamamiento a toda la emigracion boliviana con el encargo de decirles, que tan luego que Ballivian dejase el ejército se libraria el decreto por el que pudiesen volver a la patria los SS. Velasco, Olañeta, Agreda & (como sucedió con el expedido en Chayanta.)

El veinticinco sabe Ballivian semejantes providencias, y el genio del mal que presidia a todos sus actos, le sugiere la depravada idea de una brutab venganza que solo se convierte en su propio daño. Dice en sus malignos consejos, Guilarte empieza a desairar a mis amigos, como Parja; empieza a traicionarme llamando a Velasco, Olañeta y Agreda: pues yo me vengaré de él. ¡Miserable! ¡Cómo podias pensar ni un momento que yo siguiese tu misma immoral y destructora política! tu sistema de favo-

ritismo y venalidad? Desde que el odio nacional te arrojaba del puesto, ¿muy a tu pesar, ¿qué te importaban todas mis providencias conciliadoras de todos los intereses, de todos los partidos, e inofensivas a ti? ¿Qué te importaba que alejase de los destinos a esa camarilla corrompida con que tanto irritaste a los pueblos? Pero tú, villano, siempre fecundo en traiciones, ordenaste a Lafaye y a los Lopez el que se defeccionaran y proclamaran a Belzu Presidente; mandaste al comisario España para que le diga a Belzu que trabaje para sí y no permita que Velasco venga al país; que contase para esto con el ejército. Mandaste prevenir a los capitanes del 8.º con tu digno hermano el improvisado Coronel Iriondo que yo me había coligado con el respetable Sr. Elías en el Perú para sostenernos ambos en las Presidencias dando de baja en ambos países al ejército permanente, y que ambos aborrecíamos de muerte a todos los militares; este hecho lo está confesando hoy mismo en la Paz el que fué segundo Jefe de ese Batallón octavo. Dijiste también, en tu fuga, al Capitán Pizarro que mandaba tu escolta de seguridad, "que se entienda el cojo con la píldora que tiene adentro" palabras dignas de tu educación y que deshonorarían a un Cadete.

En Macha, cuando todo lo había preparado dejando así tres caudillos de anarquía que se habían de disputar la tajada, y temiendo ser descubierto en las maquinaciones que acababa de fraguar escribí al Sr. Frias para que me pida una misión diplomática para Chile. Lleno del mayor gusto le despacho la plenipotencia con todo lo necesario, y a muchos amigos de Sucre les dije: Bolivia se libra al fin de Ballivian que se marcha a Chile. El se apresura a partir para Cobija y sorprendido al saber que yo marchaba a ponerme a la cabeza del ejército, toma mil precauciones para evitar que yo pudiera hacerle algún mal.

Mas yo que todo lo ignoraba y que jamás había tenido una traidora intención marchaba tranquilo a hacerle un otro adiós de Fontainebleau para recibir en recompensa en ese ejército el elemento anárquico que debía convertir el país en un campo de batalla y cebarse en mí como la inocente víctima de su perfidia. El ejército que siempre tuvo en Bolivia la noble misión de salvar a la patria del monstruo de la anarquía y de la discordia civil, sosteniendo el orden y las instituciones juradas en fuerza de su acendrada moral, entonces se había convertido en el germen mas fecundo de esos males, en un cuerpo deliberante y en una horda de pretorianos que a man salva disponían de los destinos de la patria, eligiendo éste o aquel caudillo que mas ventajas les ofreciera. En cinco días que mandé semejante ejército noté varios síntomas de sedición, e indisciplina. Cada orden general que se daba excitaba la susceptibilidad de los Jefes y Oficiales inmorales que habían hecho una rápida carrera en medio de la paz, que no habían recogido mas laureles que los teñidos con la sangre de sus hermanos en el combate fratricida de Vitiche, que eran reclutas como soldados, pero reclutas enorgullecidos con la impunidad de cien delitos, y con la tolerancia que por su lealtad mercenaria y servil les prodigaba Ballivian.

Mas a pesar del pronunciamiento del francés Lafaye en Cochabamba, de los Lopez con coraceos, Borda en Sorasora, de todos los Jefes del ejército que queriendo afianzar sus falsas insignias, proclamaron a Belzu en Oruro, el patriotismo y el buen sentido de los Bolivianos unidos al hipócrita desprendimiento de ese Coronel que en su rabia afrentó al ejército pronunciado, como en castigo de su conducta, han burlado completamente la infernal trama de Ballivian. Semejante maquinación la ignoré hasta el 6 de Enero y en Tacna escribiendo este documento llugué a descubrir la verdad y cerciorarme de ella de una manera indudable. El Sr. Paunero se presenta en esta Ciudad procedente de Cobija, e inmediatamente me dirijo a su alojamiento para preguntarle la causa de la incomprensible traición que su hermano me había hecho: este Sr. creyendo disculpar a Ballivian me dijo: no tiene U. razón para juzgar tan mal del General; el tiempo le irá descubriendo la verdad. La carta que sobre el particular le he dirigido U. por el vapor le ha afectado mucho, pero, sobre todo U. no debiera quejarse de él desde que U. también mandaba misiones a la emigración y batía de los destinos a los amigos del General Ballivian. Mil gracias, Sr. Paunero, ve aquí comprobada y ratificada la

insigne traición de que U. queria sincerar a Ballivian, le dije; y si no espíqueme este caballero esas palabras que están testadas; la opinion pública juzgará de ellas y de su genuino sentido.

El veintiseis salí de la capital, y el veintiocho en la noche estuve en Pocoa con el mas vivo interés por ver partir para Cobija al General Ballivian y encargarme del ejército para conducirlo hasta la Paz. Aquella noche Ballivian que a todo trance queria envolver el país en sangre, me dijo: que para afianzarme en el puesto era preciso apoyarme en el prestigio de la victoria, y que me era mui fácil batir a Belzu y disponer de las elecciones. Le repuse: que ademas de no pretender el mando para despues, por que la eleccion iba a ser una de las mas libres de cuantas se habrian visto en Bolivia, no juzgaba que hubiese motivo de disparar un tiro; porque una vez que él se alejaba desaparecia la única causa de la revolucion, y que por otra parte contaba con toda la Paz y con todo el ejército que tenia Belzu, porque contra mi persona lejos de haber preveniciones habia las mejores simpatías. Me contestó entónces que Belzu no cederia sino por las armas, y yo le repuse: mis amigos, todo el pueblo de la Paz y su mismo ejército le harán ceder.

El veintinueve le hago la despedida en la que ví correr lágrimas hipócritas y de verdaderos cocodrilos, siendo yo solo el que hablaba con su corazon y olvidaba sus crímenes y sus ofensas personales, porque estaba poseido de afectuosos sentimientos por el que alguna vez fue mi compañero, mi amigo y con quien parti los peligros de la guerra en varias campañas. Entretanto él no participaba de esas tiernas emociones; él solo meditaba en su infernal proyecto, y sin embargo escuché los alaridos del grande cocodrilo, lloraba porque se le arrancaba su presa apetecida y porque la venganza que habia premeditado aun no le parecia bastante para satisfacer su saña.

Entónces sale con su comitiva y competente escolta a Toldomache. Al siguiente día pasa a Vilcapujio donde encuentra al rejimiento y habla en secreto con los Lopez; éstos se sublevan luego proclamando a Belzu Presidente: miéntras esto pasaba a la vista de Ballivian, el treinta, Lafaye hacia en Cochabamba el mismo pronunciamiento que los Lopez con coraceros. Ambas noticias las sé en mi marcha de Chaganta a Oruro, sin maliciar siquiera que Ballivian fuese el autor. ¡Ha! si hubiera traslucido un solo ápice de tan nefarios delitos y con ménos generosidad, hidalguía, Ballivian habria estado el 31 de Diciembre en la recoleta de Chuquisaca soterrado en el mismo calabozo que el desgraciado General Blanco, y en el mismo día, a la misma hora, y a los diez y nueve años de ese cruel asesinato, hubiera estado aplacando con su negra sangre la irritada sombra del primer Presidente Boliviano; porque desde el momento en que se separó de su ejército de esclavos, yo fui el árbitro de su vida, yo fui su providencia para ser en cambio y mui luego, la victima de ese gran bandido.

A pesar de las defecciones de los Lopez y Lafaye, prosigo mi marcha con el ejército en la firme persuacion de que la Paz y todo el Norte nos recibirian con los brazos abiertos así que se supiesen la partida de Ballivian para Cobija. No me cansaba de decir al ejército que a nuestra sola presencia se les caerian las armas de la mano y nos darian un abrazo fraternal desde el Coronel Belzu hasta el último ciudadano.

El treinta y uno de Diciembre llego a Venta y media, y mando de allí una tercera mision a Belzu exijiendo la respuesta franca a los llamamientos pacíficos que se habian dirijido desde Sucre, y en fin esplicándole por medio de los comisionados sus amigos personales, la inutilidad de las armas, puesto que Ballivian habia partido para el exterior y que era preciso que los buenos Bolivianos depusiesen todos sus motivos personales para evitar la anarquía.

El primero de Enero marchó a Sorasora donde debió estallar en todo el ejército otra revolucion acaudillada por los Jefes mas queridos del General Ballivian. Los momentos eran solemnes y perentorios, la sedicion estaba descubierta, el mayor Borda lo confesó todo; en la misma tarde de aquel día fué preso y se siguió la correspondiente causa en toda la noche, y a las seis de la mañana del dos el Fiscal de la causa dejando al reo en capilla me dijo: Sr. si en el acto no se fusila a Borda estalla la revolucion

en los cuerpos, porque estando todos los Jefes y oficiales comprometidos por actas que dicho Borda ha mandado a Belzu, es preciso hacer entender que con la muerte de éste se ignora todo y que el secreto de la traicion está sepultado con él. Entónces le di la órden para que mandara disparar cuatro tiros al aire, salvando la vida de Borda; en efecto se oyeron los tiros; mas inmediatamente alguno avisó a todos los Jefes que Borda no habia muerto, y entónces iban los conspiradores a consumir la sedicion, cuando el oficial de mi guardia todo sobresaltado me dice: Sr. ya salen los batallones a formar a la plaza y la revolucion estalla; pues bien, le dije al Coronel Alvarez, dudando que ha muerto Borda, mande U. que saquen su cadáver para que lo vean y sepan que está guardado el secreto. Inmediatamente monté a caballo, salí a la plaza y el Coronel Alvarez mandó ejecutar al reo: así se sofocó la revolucion; se proclamó al ejército con el cadáver al frente, y ninguno de sus cobardes cómplices osó vengar su muerte porque sabian que las apremiantes circunstancias la autorizaron para evitar mayores males. Sabian que estaba comprometida la moral del ejército, la vida de los cómplices, la mia propia, la tranquilidad pública que habria visto consternada a una horda de sediciosos proclamando un caudillo de anarquía en contradiccion del voto de los Pueblos y del Jefe del ejército que debieron obedecer como soldados; porque la fuerza armada, han dicho todas las constituciones, es esencialmente obediente, ella no puede deliberar. A mas de esto las ordenanzas del ejército que ninguna lei ha derogado, condenan al último suplicio al militar que incurre en los crímenes de sedicion, traicion o motin, y para contener esos crímenes infraganti no se espera los trámites lentos que las leyes prescriben en circunstancias ordinarias, porque donde empieza la salud de la patria y la salvacion del pueblo, acaban las formas, callan las leyes, la humanidad y la misma naturaleza. Si el francés Lafaye y sus hermanos los Lopez, hubiesen sido tomados por mí en el infraganti de sus motines, habrian corrido sin la menor duda la misma suerte del desventurado Borda. Por otra parte, ¿no era libre éste para pedir su separacion y pasaporte si queria servirle al Presidente Belzu? ¿Quién le dijo que jurando obediencia a un gobierno o si se quiere a un caudillo disidente, como me ha llamado el distinguido General Torrelio, se metiese a sublevar ese ejército? ¿Si esa misma traicion y esos crímenes hubiese cometido en las filas de Belzu, proclamando por ejemplo al General Santa Cruz, al General Agreda o a mí, ¿no habria tenido igual suerte en iguales circunstancias? ¿Introduciendo la sedicion en las filas a que él pertenecia sin coaccion alguna, ¿habia prestado algun servicio a la causa de los pueblos? ¿Algun daño le habria inferido al tirano de Bolivia que él mismo le vió marcharse para Cobija? ¿O creyó ese infeliz que yo era el mismo Ballivian? ¿Invocando a Belzu no anarquizaba el país y no se presentaba como el mejor cómplice del prófugo Balivian como el mas activo agente del plan anárquico de ese monstruo?

Los que piensan y escriben contra mí debieran ponerse en mi lugar en circunstancias idénticas, sin apelar a esas pobres y vulgares declamaciones, escuchando lo que el mismo Grito de la libertad a dicho en su núm. 18. "¿Qué se diria de un ejército donde no se observase las órdenes militares y solo estuviesen escritas en el papel? La contestacion seria adios moral y disciplina del ejército.

Cuando Belzu recibió la comision de Bravo y Belmonte y continuó con su silencio de guerra o muerte, no pudo saber la ejecucion de Borda en la que pretende fundar ese silencio que el derecho de jentes y el de toda buena guerra reprueban como hostil a los ejércitos beligerantes y a la santa causa de los pueblos, porque nadie deja de escuchar una mision de paz, sin hacerse responsable de las consecuencias. O porque Borda era proclamador de su nombre, ¿no era ménos traidor que los Lopez y Lafaye? Coronel Belzu, vos mismo reprobasteis la conducta de estos últimos en vuestras proclamas de Oruro, y vos mismo os ponéis en contradiccion reprobando la mia en Sorasora; sinceridad y buena fe piden los pueblos, ya no es tiempo de alucinar con falsas promesas. Habéis marchado a paso de gigante en la senda de la revolucion, no os arrastéis por la del heroísmo a manera de reptil. No se penetra al templo de la inmortalidad con los andrajos de villanas pasiones; vestid si gustáis el ropaje de Caballero. Vues-

tro implacable odio a mi persona ha querido confundirme con Ballivian el mas grande de los bandidos. Por ese odio mezquino en el grito de la libertad vuestras silvadoras serpientes han mordido mi reputación, llamándome traidor, tirano y caudillo disidente porque acepté la renuncia de Ballivian; por él me dicen asesino, cuando en Sorasora sofiqué un motin y con una gota de sangre ahogué al monstruo de la anarquia que habria hecho correr a torrentes la de millares de Bolivianos. Por ese odio pueril me habéis borrado de la lista militar, como si pudieseis berrar tambien mis servicios a la patria y mis cicatrices por ella; por el mismo os habéis hecho reo del feo crimen de ingratitude olvidando los servicios que en vuestro infortunio de la Paz, por mí os prodigo mi hermana para vuestra evasion. En fin por esa miserable pasion descendéis de lo sublime a lo ridículo y bajaréis de gigante a pigneo.

El dia dos marzo de Sorasora sobre Oruro que lo encuentro en armas y en actitud de resistir al ejército, porque en su seno veian al feroz Ballivian disfrazado de soldado. Tales eran las prevenciones y odio que le profesaban que acogieron esas vulgaridades inventadas para faccionar al pueblo; pero despreciando estos manejos penetró en la ciudad casi solo y dejando al ejército a dos leguas: en las puertas se me detiene y tengo que regresar sin la menor impaciencia lamentando el error en que se tenia estudiosamente al pueblo por sus Jefes. Llega el ejército y ordeno que entre a alojarse al reducto. Evacuase la Ciudad y los ilusos Orureños coronan sus cerros sin que hubiesen sido ofendidos por el ejército en dos dias y una noche que permanecieron las tropas en los cuarteles y yo solo en la Ciudad. Oruro mejor que nadie y los mismos que coronaban los cerros sabian que mi conducta y la del ejército no fué jamás hostil a nadie. Se ha querido difamar mi nombre apelando a la calumnia, no hai un hecho solo en esa Ciudad que acredite la intencion siquiera de ofender a los habitantes. Toda la poblacion penetró al reducto como a un cuartel de tropas amigas, confraternizaron todos llenos de asombro al ver que no se mataba, no se saqueaba, ni se quemaba la Ciudad como se les hizo entender. Sin embargo se ha tenido la impudencia de mentir a la faz de todo un pueblo y de los dos ejércitos refiriendo hechos que nunca existieron. ¿Cuándo, comisario España, habéis estado en capilla? ¿Cuándo lo habéis estado oficial Quijarro? ¿Y cuando Coronel Lanza, habéis salvado estas victimas del cadalso? Vosotros sabéis bien la falsedad de este aserto, lo saben vuestros mismos Jefes; pero convenia que así se escribiera, convenia igualmente que se dijera que los comisionados Belmonte y Bravo fueron a pedir garantias a Belzu para Guilarte y para el ejército que mandaba; los tales comisionados saben que esto es falso, sabe sin embargo el mismo Belzu que semejante caso no ha podido suceder en ninguna de las circunstancias de mi vida, porque él mejor que nadie me conoce; pero no pudiendo dominar esa pasion ruin lo manda poner en el boletin de su ejército y lo suscribe sin pudor el mui distinguido G. Torrelío.

Amaneciò el dia tres de Enero y se dieron las órdenes para que se pagara el ajuste a los cuerpos; en seguida que limpiaran las armas para pasar una revista el dia cuatro. Belzu se hallaba en Caracollo sin mandarme otra contestacion a las misiones de paz que la siguiente nota que orijinal conservo y que me presentó el coronel Lanza, Jefe de las montoneras que gritaban en los cerros de Oruro. Dice así—República Boliviana—Ejército Libertador—Cuartel Jeneral Caracollo Enero del cuarenta y ocho—Al Sr. Coronel Gonzalo Lanza—Sr. Coronel—Dispone S. S. I. el Jeneral en Jefe del ejército, que inmediatamente que reciba US. esta nota se ponga en marcha sobre las fuerzas disidentes comandadas por el caudillo Guilarte—Cumplirá US. con la órden que se le diò con fecha treinta y uno y le hará US. la intimacion que en ella està redactada—S. S. I. el General en Jefe hace a US. responsable por cualquiera omision con su vida y empleo, y aunque lo hagan a US. prisionero cumplirá con lo que se le ordena aunque lo fusilen.—Dios guarde a US.—El General Jefe—Rùbrica de S. E.—Mariano Torrelío.—La vista de semejante documento solo me revelaba la rudeza de sus actores y no hice aprecio de otra circunstancia que de la ninguna respuesta a mis cartas y a las proposiciones de Bravo y Belmonte. Luego entró a verme el Sr. Ramos, Jefe tambien de esas montoneras, y me espuso el agravio que yo les habia inferido llamándolos disidentes lo que

era una designacion deshonrosa; tuve la paciencia de explicar a este Sr. la verdadera acepcion de dicha palabra y probarle que no era ofensiva desde que hablaba de los Departamentos que habian disentido del resto de la República. En cuanto al Coronel Belzu me dijo que traia las mismas intenciones pacificas que yo y que toda su aspiracion era ser ministro de la guerra; a lo que le contestè que hablando se entienden los hombres, que esperaba sus contestaciones y que no estaba distante de darle gusto en todo a fin de apagar el fuego de la discordia, y que en la època de las elecciones queria que sin embozo y públicamente saliesen los pretendientes a correr la República conquistando votos. Por último se retiraron al cerro estos dos Jefes ofreciéndome traer mui pronto el resultado de mis comunicaciones, cosa en que jamás pensaron.

No pudiendo contar para nada con ese ejército inmoral que de un momento a otro podia convertirse en un elemento de desòrden y anarquia, no queriendo por otra parte repetir la dolorosa escena de Sorasora, fusilando sediciosos todos los dias, porque no està en mi temperamento ese instinto de sangre con que me han querido pintar los gaceteros de Belzu, meditè prestar a mi patria un servicio de vital importancia. Comunicé mi proyecto al General Rivero, Coronel Felipe Alvarez y Coronel Iriondo, diciéndoles que mas temor y cuidado me causaba el ejército que teniamos en el reducto, que uno de Xerxes que nos viniera a batir, y que para salvar de esta zozobra al dia siguiente iba a disolver el ejército y despedirlo a sus hogares, almacenando todo el armamento y útiles del servicio y dando un decreto que ponga fin a esta situacion tan dolorosa del pais. (El decreto lo tenia en el bolsillo y desde que se quedó en proyecto no hai para que mencionarlo) Despues de este acto debia marchar con algunos Jefes a Potosí para hacer otro tanto con el batallon quinto.

Estos Jefes me observaron que la tropa licenciada cometeria desòrdenes en los pueblos, y entònces les dije que esos serian de mui poca trascendencia con respecto a los que debiamos temer de una revolucion con las armas en la mano las que eran espadas de dos filos en poder de amotinados. No se pasaron dos horas de esta conversacion cuando se me da la noticia de haberse sublevado el ejército dentro del reducto. Monto a caballo con algunos adecanes, me dirijo a la fortaleza cuya puerta estaba cerrada, y una compaõia del octavo formada sobre la cortina rechazaba a cuantos oficiales se dirijian al fuerte. Así que me vieron rompieron sus fuegos, y me dirijieron dos tiros de Cañon de los Baluartes lo cual me obligó a salir al campo a distancia de una legua de donde preferí regresar a la Ciudad en alta noche y tomar un asilo en ella; allí permanecí hasta el ocho de Enero en que dejè mi patria y me dirijí al Perú para esperar en el extranjero la calma de los sucesos y volver a la vida privada para no ser jamás el objeto de los zelos, de la envidia y de los odios personales.

Al terminar este escrito, declaro que cuanto espongo en él, es la sèrie de hechos que descansan en la pública notoriedad unos, y otros en autoridades irrecusables para que puedan valer como pruebas y alegatos ante el inexorable Tribunal de la opinion. Mis compatriotas cuyo fallo aguardo, que conocen las causas de la revolucion, que ven la exaltacion de pasiones innobles y las ambicioncillas opuestas como los intereses nuevos que cada dia irán en aumento contra mi persona, sabrán acallar groseras calumnias que jamás pueden sostenerse en presencia de la verdad y de hechos consignados a la historia.

Tacna Febrero 11 de 1848.

*Eusebio Guilarte.*

AREQUIPA MARZO 1º DE 1848:

IMPRESA DE FRANCISCO IBAÑEZ.